EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

# LAS IRRESISTIBLES

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. RAFAEL TORROMÉ

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(*Sucesor de Hijos de A. Gullón.*)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1893

A mi querido amigo y paisano Domingo Abbad su affº

Rafael Torromé

# LAS IRRESISTIBLES

# LAS IRRESISTIBLES

JUGUETE COMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

## DON RAFAEL TORROMÉ

Estrenado en el TEATRO LARA el 8 de Abril de 1893.



MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1893

| PERSONAJES | | ACTORES |
|---|---|---|
| — | | — |
| PRUDENCIA..................... | Sra. | Valverde. |
| TERESA......................... | » | Pino. |
| JOSÉ GARCÍA.................... | Sr. | Rossell. |
| MANUEL......................... | » | Mendiguchía. |
| ANTONIO........................ | » | Gonzálvez. |
| CRIADO......................... | » | Fuentes. |

La acción en nuestros días.

Por dedecha é izquierda, entiéndanse las del actor.

A D. FRANCISCO FLORES GARCÍA

*Su admirador y amigo,*

R. TORROMÉ.

# ACTO ÚNICO

Sala amueblada con buen gusto y con lujo; puertas laterales y al foro. A la izquierda, un gran velador con libros, recado de escribir, periódicos y revistas. En primer término izquierda, chimenea encendida; encima un espejo: dos butacas á los lados de la chimenea.

## ESCENA PRIMERA

MANUEL y ANTONIO, sentados junto al velador

ANT. Tengo por cosa indudable
que hoy mismo quede aprobada
la viudedad de Prudencia.
Sirvió de mucho tu carta
para inclinar al ministro
á favor nuestro.

MAN. Si alcanzas
la pensión que solicito,
me libras de mi cuñada
y me haces con ello el hombre
más venturoso de España.
Yo, al casarme, no preví
el riesgo que me aguardaba,
accediendo á que Prudencia
viviese en mi propia casa.

Si ella hubiera sido madre
de mi mujer, la palabra
suegra, hubiera despertado
los recelos en mi alma;
pero, no pude pensar
que por mis puertas entrara
un matute de archisuegra
en pellejo de cuñada,
y, para mayor desdicha,
sentenciosa y literata.
Yo, entonces, con nuestra boda ...

ANT. Comprendo; estabas en Babia;
ciudad populosa, adonde
todo el que llega se extraña
y dice:—«¡Cielos, yo aquí
cuando menos lo esperaba!

MAN. Pero yo, un hombre de mundo,
no ver...

ANT. Es cosa probada,
que el hombre de mundo deja
de serlo cuando se casa.
Y, apropósito, aquí tráigo,
como te dije, tus cartas
amorosas.
(Saca un paquete de cartas.)

MAN. Te las dí,
porque no las encontrara
mi mujer.

ANT. (Con intención maliciosa.)
¿Y ahora las quieres
de nuevo?

MAN. Para quemarlas.
Ya soy casado, y no intento
volver más á las andadas.

ANT. Y, ¿eres tú el hombre de mundo?

MAN. Esta es la señal más clara:
prueba de que le conozco
cuando me encierro en mi casa.

ANT. ¿Te arrepientes del pasado?

MAN. Sí, me arrepiento. Las cartas.

ANT. ¡Tómalas! (Dándoselas.)

MAN. (Rompe el talduquo y abre una carta.)

Esta es de Irene;
una mujer casquivana,
tan amante del dinero
que á muchos dejó sin blanca,
y á mí, á falta de otra cosa,
me cobró... tal confianza,
que me llamaba monono
desde el balcón de su casa.
Era toda una señora.

ANT. Ya se comprende.

MAN. Y muy guapa.
Al fuego.
(Echa la carta en la chimenea. Abre varias cartas.)
Estas son de Rosa;
era una mujer casada:
su marido, un tal García,
sospechó que yo la amaba
porque me encontró en su cuarto
á las tres de la mañana.

ANT. ¡Qué atrocidad!

MAN. Ciertos hombres
por cualquier cosa se escaman.

ANT. Pues es una friolera.

MAN. Me escribió luégo una carta
desafiándome, y yo
fuí á buscarle sin tardanza,
y por fín le convencí
de que no existía causa
para el desafío aquel.

ANT. ¡Tienes una gran palabra!

MAN. Sí, tan grande como el miedo
del que me desafiaba.
Y era profesor de esgrima
según decía en sus cartas;
pero, acaso lo dijera
por los sablazos que daba.
(Las cartas caen por el suelo, y Manuel y Antonio se apresuran á recogerlas.)
Las cartas. Ayúdame.
(Las van echando en la chimenea.)

ANT. Tu esposa.
(Mirando por la primera de la derecha.)

MAN. Pues luégo...
ANT. ¡Calla!
(Cerca de la chimenea queda olvidada una carta.)

## ESCENA II

DICHOS; TERESA, por la primera de la derecha.

TERESA. ¡Oh! don Antonio!
ANT. (Dándole la mano y saludándola.)
Usted llega
cuando yo me despedía.
Adiós, Manolo... Señora...
(Teresa le contesta con una inclinación de cabeza.)
MAN. Adiós, chico.
ANT. Hasta la vista. (Vase por el foro.)

## ESCENA III

TERESA y MANUEL

MAN. (Cogiéndola de la mano y llevándola á sentarse en una butaca de la chimenea.)
Gracias á Dios que podemos
hablar solos, vida mía;
que tu hermana con su charla,
sus versos y su política,
no nos deja en paz y tengo
hambre y sed de tus caricias.

## ESCENA IV

DICHOS; PRUDENCIA, por el foro.

PRUD. ¿Se puede?...
MAN. No; digo, sí. (Levantándose.)
PRUD. Si os molesto...
TERESA. No, mujer.
PRUD. Pues bien, os vengo á leer
este soneto.

MAN. (¡Ay, de mí!)
PRUD. Así estaréis distraídos,
pues que no sois unos bolos.
MAN. No, pues mira, estando solos
no estamos muy aburridos.
PRUD. ¡Qué! ¿Los versos te molestan?
MAN. Mi mujer me gusta más.
TERESA. Vamos, hombre, ¿callarás?...
MAN. Y los sonetos me apestan.
PRUD (Qué cuñado tan grosero.)
TERESA. Por Dios, Manuel...
MAN. Soy así.
PRUD. ¿Qué pensaría de tí
si ahora te escuchara Homero?
MAN. Nada pensaría, es llano.
PRUD. ¿Conque nada pensaría?
MAN. Es claro, si él no podía
conocer el castellano.
PRUD. ¡Jesús!
MAN. ¿Digo un desatino?
PRUD. Más evidente que el sol.
Pues si Homero era español,
MAN. Cierto, de Vitigudino.
PRUD. Tú eres un hombre vulgar
y opinas que la mujer
á lo sumo, debe ser
un instrumento, un manjar;
cuando joven, adorable;
cuando jamona, admisible;
si bonita, apetecible,
y si fea, detestable;
mas ya estamos en camino
de que, al fin, llegue á sazón,
la gran emancipación
del género femenino;
y pese á vuestros desdenes,
tanta gloria alcanzaremos.
MAN. ¡Y nosotros les daremos
el biberón á los nenes!
PRUD. Claro.
TERESA. (Le falta un tornillo.)
MAN. Tu ideal, á mi entender,

Prudencia, es que la mujer
sea un sabio con flequillo.

PRUD. Bien lo podrá conseguir
alguna.

MAN. Esa desdichada,
ni será mujer, ni nada,
ni se la podrá sufrir.
La mujer que es buena, pasa
la existencia en el hogar
ocupada en arreglar
los asuntos de su casa.
No debe estudiar las ciencias,
porque eso no le conviene,
pues, con ser mujer, ya tiene
muy sobradas excelencias;
y antes que en leer á Homero
debe vivir ocupada
en mirar si la criada
espuma bien el puchero.

PRUD. Manuel, eres un babieca.

MAN. Esa palabra ya es grave.

TERESA. Busca una frase más suave.

PRUD. ¿Süave?... eres un manteca.

MAN. En fin, chica, tú podrás
hacer aquello que quieras;
mas te digo muy de veras
que no me atormentes más,
ni vengas á cada instante
cuando yo esté con mi esposa,
porque ésta y yo, hablando en prosa,
nos divertimos bastante;
ni seas impertinente
en hacer á ésta ilustrada,
que ésta, para ser casada,
ya sabe lo suficiente.
Yo digo mi parecer
y perdona si te agravia,
pero, hija, la mujer sabia,
no es ni sabia ni mujer.
(Vase por la segunda de la derecha.)

## ESCENA V

PRUDENCIA y TERESA

PRUD (Dirigiéndose hacia la puerta por donde se ha ido Manuel.)
¡Oh, deslenguado, insolente!
TERESA. Calma, por Dios.
PRUD. ¡Insensato,
insólito, mentecato,
inopinado, inconsciente!
TERESA. Vamos, Prudencia, no es justo
lo que hacéis, pues no pensáis
que vosotros regañáis
y que yo llevo el disgusto.
PRUD. ¿Qué puede en ese hombre haber
que sea tan de tu agrado?
¡Tú, esposa de un... obcecado!
TERESA. Hermana, soy su mujer.
Nos echó la bendición
el cura.
PRUD. Sí, es la verdad,
la única barbaridad
que hizo aquel santo varón.
MAN. (Dentro.) Ven, Teresa.
PRUD. Hermana mía,
no vayas. Que aprenda así.
TERESA. No debo...
PRUD. ¿Te humillas?
TERESA. (Yéndose por la segunda de la derecha.) Sí.
PRUD. No tienes filosofía.

## ESCENA VI

PRUDENCIA

¡Que una mujer de mis prendas,
de mi talento preclaro,
directora de un periódico
que se titulaba «El rayo
vespertino de la aurora,»

tenga que sufrir el trato
insociable de un Nerón
con título de cuñado!
Es natural, él supone
á la mujer en un rango
inferior al de los hombres.
¡Ah, yo inferior á ese bárbaro!
Tengamos filosofía,
que si no lo descalabro.
(Se sienta junto á la chimenea y ve la carta que antes quedó olvidada.)
¿Qué es esto? Una carta, sí:
á Manuel. (Leyendo.)
¿Qué? ¡Cielo santo! (Lee.)
«Muy señor mío: Sus visitas nocturnas no »son de mi gusto, porque me parece que »lo son del de mi esposa; de suerte, que »mañana le mandaré á usted mis padrinos. »Nos batiremos á muerte. Tenga usted en »cuenta que soy profesor de esgrima, y »que es mía la elección de armas. J. Gar»cía.—Su casa, Gato, veintidós, tercero.»
(Dobla la carta y se la guarda.)
Dios mío, es un seductor,
y tiene pendiente un duelo.
Hay aquí gato encerrado.
«Gato, veintidós, tercero.»
Ya veo que en esta casa
corro un peligro muy serio.
El día menos pensado,
mientras le leo un soneto,
se enamora y... ¡Ay, Dios mío,
se me erizan los cabellos!
Tengamos filosofía.
¿Qué debo hacer? Sí, yo debo
evitarle este disgusto,
y probarle, al mismo tiempo,
los prodigios que consigue
una mujer de mis méritos.
Pues el profesor de esgrima
sabrá esgrimir el acero
y de una sola estocada,

*zás*, le parte por el medio.
¡Qué gran lección voy á darle!
Escribiré en el momento
á García; aquí hay papel.
¡Cuán inspirada me siento!
(Se sienta y escribe.) «Señor don J. García... »Caballero...» No: (Volviendo á escribir.) «Señor mío:» La que es de caballería es la mujer. (Volviendo á escribir.) «Lo sé todo: soy »cuñada del mónstruo que ha seducido á »su esposa de usted. Suspenda usted toda »acción violenta. ¡Ah, la violencia es como »un hipopótamo que nos devora el propio seno!» ¡Qué hermosa frase! (Escribe.) «Venga usted á verme. La voz de la filosofía le aguarda. Yo le daré á usted el bálsamo consolador. Su afectísima, Prudencia Membrillo.» (Sigue escribiendo.) Aquí le ofrezco la casa. Ahora el sobre y la dirección. (Toca el timbre y sale el Criado.)

## ESCENA VII

PRUDENCIA y CRIADO

CRIADO. (Por el foro Con acento gallego.)
¿Qué manda usted?
PRUD. (Entregándosela ) Esta carta,
á su destino al momento.
Ya ve usted que está muy cerca:
Gato, veintidós, tercero.
CRIADO. ¿*Esperu* contestación?
PRUD. No la esperes.
CRIADO. *Prontu vuelvu.*
PRUD. Ahora prevendré á mi hermana
para golpe tan tremendo.
Teresa. (Llamándola.)
¡Qué hermoso asunto
para escribir un soneto!

## ESCENA VIII

PRUDENCIA; TERESA, por la segunda de la derecha.

PRUD. Hemos de hablar en reserva.
TERESA. Yo también venía á hablarte.
PRUD. ¡Tú has llorado, hermana mía,
lo indican claras señales!
TERESA. Sí, debo tener los ojos
lo mismo que dos tomates.
PRUD. Teresa, por Dios, no emplees
esas palabras vulgares.
Díme que tienes los ojos
lo mismo que dos corales,
ó arreboles, que es más fino.
TERESA. ¡Ay, prudencia, tú no sabes!...
PRUD. (¡Si ya habrá tenido indicios
de que la engaña el infame!)
TERESA. (Lloriqueando.)
Es el caso que Manuel
pretende que te separes
de nosotros.
PRUD. ¡Ah, villano!
TERESA. Y dice que, en cuanto alcances
la pensión que solicitas,
es forzoso que te marches.
PRUD. ¡Hombre inícuo y contubérnico!
TERESA. Yo, Prudencia, al escucharle...
PRUD. ¿Qué?
TERESA. Comencé á hacer pucheros.
PRUD. ¡Jesús, eso es mal sonante!
TERESA. ¿Cómo se dice?
PRUD. Se dice...
efluvios sentimentales.
TERESA. Pues bien, comencé á hacer eso;
mas no hay nada que le ablande.
Yo le dije, hermana mía,
que me has servido de madre;
que desde la edad más tierna
no tuve en el mundo á nadie
más que á tí y á tu marido

que por mi orfandad velasen;
pero Manolo me dice
que tú eres...

PRUD. ¿Qué?

TERESA. (Con mucho miedo.) Insoportable.

PRUD. ¡Ah!

TERESA. Lo mismo que decía
tu esposo, que en paz descanse.

PRUD. Mi esposo...

TERESA Lo que tú dices,
son todos intolerables.

PRUD. Ahora lo comprendo. Él quiere
que de tu lado me aparte,
porque no quede contigo
quien te proteja y te ampare,
mientras él se entrega ciego
á sus vicios execrables.

TERESA. Yo te diré... como vicios,
él no los tiene muy grandes;
es verdad que juega al tute,
pero es conmigo.

PRUD. Y con alguien
más...

TERESA. ¡Qué dices, hermana!
¿Que juega?...

PRUD. Y á juegos tales...

TERESA. ¿Le has visto alguna baraja?

PRUD. Ví una carta, y es bastante.

TERESA. ¿Y son juegos prohibidos?

PRUD. ¡Ya lo creo!

TERESA. ¡Dios me ampare!
¿Juega en el Casino?

PRUD. No.

TERESA. Pues, ¿dónde juega?

PRUD. En la calle
del Gato.

TERESA. ¿Se juega allí?

PRUD. Sí; se *juega* en muchas partes.

TERESA. ¿Y pierde?

PRUD. ¡Pues ya lo creo!

TERESA. ¡Ah, si á lo menos ganase!...

PRUD. Ya te contaré la historia,

cuando salgamos del lance,
y gracias á mi prudencia
espero que no haya sangre.

TERESA. ¡Un lance! ¡Qué es lo que dices!
¡No me asustes, que va á darme
un soponcio!

PRUD. Qué soponcio,
muchacha; se llama ataque.

TERESA. ¿Y hay pendiente un duelo?

PRUD. Sí.

TERESA. ¡Por una cuestión de náipes!

PRUD. Por una sota.

TERESA. ¡Dios mío!
¡Por una sota se bate!

PRUD. No te asombres, que por ellas
ocurren sobrados lances.

TERESA. Explícame cómo ha sido...

PRUD. Ya te daré más detalles.

TERESA. ¿Y corre peligro?

PRUD Sí;
pero yo juro salvarle.

TERESA. Voy á verle...

PRUD. No le veas.

TERESA. Voy á hablarle.

PRUD. No le hables.

TERESA. ¿Qué he de hacer?

PRUD. Espera aquí.
(Conduciéndola hacia la segunda de la izquierda.)

TERESA. ¿Qué pretendes?

PRUD. Que te aguardes.

TERESA. ¡Ay, Dios mío, qué disgusto!
(Vase por la segunda de la izquierda.)

## ESCENA IX

PRUDENCIA; después MANUEL, por la segunda de la derecha.

PRUD. Ya la previne bastante;
así el tremendo disgusto
lo va tomando por partes.
¡Y que digan estos hombres

que yo soy insoportable!

MAN. ¿Y Teresa?

PRUD. Con sus penas
á solas, pálido el rostro,
y vertiendo sin cesar
ricas perlas por sus ojos.

MAN. ¡Vertiendo perlas! ¡Caramba!

PRUD. ¡Tiembla, infame; lo sé todo!

MAN. ¡Ah, ya comprendo! Por eso
que sabes tanto me opongo
á que prosigas en casa.

PRUD. Hipócrita, sé tus dolos.

MAN. ¿Qué dolos?...

PRUD. Pero no temas,
yo mi protección te otorgo.

MAN. ¡Pues estamos divertidos!

PRUD. Descansa, no te abandono.

MAN. ¡Me cayó la lotería!

PRUD. Ella lo ignorará todo.

MAN. (Apreximándose á Prudencia.)
Habla claro. ¿Qué sucede?

PRUD. ¡Huye, aparta, ó alboroto!
¿Quieres seducirme?

MAN. ¿Yo?

PRUD. Ya sé el peligro que corro
á tu lado.

MAN. ¡Tú á mi lado!...

PRUD. Pero yo el peligro afronto,
porque es mi virtud de bronce
y mi honestidad de pórfido.

MAN. Tú me tiendes una red.

PRUD. Tú sí que las *tiendes*... mónstruo.

MAN. Prudencia, ¿qué significa?...

PRUD. Sé quién eres, te conozco;
eres como Luis Once,
hipócrita y engañoso;
sagáz como Maquiavelo,
hábil como Marco Antonio,
voluptuoso como Horacio,
cual Nerón lividinoso,
más prudente que un rabino
y más amante que un moro;

mas yo que, cual Juana de Arco,
tengo el corazón heróico,
mas, yo que soy como *Ipatia*,
más yo que soy...

MAN. ¡Un demonio!

PRUD. ¡Atiende!...

MAN. ¡Calla!

PRUD. ¡Insensato!

MAN. Me voy, porque no respondo
de lo que haga.

PRUD. Te confirmo...

MAN. Si no me marcho la ahogo.
(Vase por la segunda de la derecha.)

## ESCENA X

PRUDENCIA; después EL CRIADO

PRUD. A pesar de sus maldades
á salvarle me dispongo.
Cual la madre de los Gracos
tengo un corazón grandioso.
(Al Criado que aparece en el foro.)
¿Entregaste ya la carta?

CRIADO. Yo *nun* sé si habré *cumplidu*
bien su *encargu*. La portera,
á quien *conozcu*, me *diju*
que en ningún *cuartu tercеru*
habitaba ese *enquelinu*;
pero que un José García
vivía en el *pisu quintu*,
y yo, *temiendu* que el sobre
estuviese mal *escritu*...

PRUD. ¡Mal escrito!

CRIADO. *Equivocadu*...
quise decir.

PRUD. No es lo mismo.

CRIADO. Subí toda la escalera
y llegué al último piso.

PRUD. ¿Y quién te abrió?

CRIADO. Una señora

que tiene muy buen palmito.

PRUD. ¿Morena?

CRIADO. Sí.

PRUD. ¿Y de mirar
voluptuoso y lascivo?

CRIADO. Me *piensu* que sí señora,
porque tiene un ojo *vizcu*.

PRUD. (Es ella, no cabe duda.)

CRIADO. *Luegu* salió su *maridu*.
Ese señor de García.

PRUD. ¿Joven?

CRIADO. Algo madurito

PRUD. (¡Ella joven y él maduro,
es el esposo... de fijo!)

CRIADO. En cuanto leyó la carta
cogió el sombrero y se *vinu*
tras de mí.

PRUD. Que aquí me aguarde.

CRIADO. *Volandu.* (¡Será esto un lío!) (Vase.)

PRUD. Me pondré en meditación
y me arreglaré el flequillo.
Yo probaré á mi cuñado
que es mi talento conspícuo,
puesto que voy á librarle
de este terrible conflicto.
(Vase por la segunda de la izquierda. Vuelve el Criado á aparecer, acompañado de José García, por el foro y le dice.)

CRIADO. Espere aquí á la señora,
que ya le he *pasadu avisu*.

## ESCENA XI

JOSÉ GARCÍA, entra cojeando, se mira al espejo y retrocede asustado. Lleva un bastón.

Es tanta mi desventura
y tan atróz mi destino,
que al mirarme en un espejo
tengo miedo de mí mismo.
Ni aun soy la desgracia andando,
porque tengo un pié encogido;

de manera que, á lo sumo,
yo soy la desgracia en vilo.
Voy haciendo cortesías
por doquiera que camino,
y á los hombres, menos mal;
pero, Señor, es inicuo
saludar con reverencias
á toda clase de bichos.
Mi desventura es tan grande,
que, á mi pesar, soy judío,
porque al bautizarme el cura
regañó con mis padrinos,
y me dieron, sin querer,
tal porrazo con un cirio,
que apenas me bautizaron
me rompieron el bautismo.
Es, desde entonces, mi vida
larga serie de conflictos,
con muchísimos trabajos,
y ninguno lucrativo.
Voy, en busca de favores,
mendigando á mis amigos;
pero el que me sirve más,
me hace algún flaco servicio:
y el más liberal de todos
me suele dar... al olvido.
Cité á un deudor ante el juez
porque me debía un pico,
y el hombre se volvió loco
cuando le cité á juïcio.
A quien le pido prestado
no me presta ni el oído,
y á quien le presto me vuelve...
de un bofetón el carrillo.
Es tan atróz mi desgracia,
que quise pegarme un tiro,
y reventó la pistola,
descalabrando á un vecino;
por cuya razón estuve
tres semanas en presidio,
y me echaron dos esposas
para darme más suplicio.

En fin, es tal mi desdicha,
que hace un mes he contraído
matrimonio, y ya pensaba
ser felíz y estar tranquilo,
cuando me advierte una carta
que hace poco he recibido,
que es mi mujer tan amante
de cumplir el Catecismo,
que al mes ya quiere á su prójimo
lo mismo que á su marido;
y con esta desventura
me parezco tan ridículo,
que al mirarme en un espejo
tengo miedo de mí mismo.

## ESCENA XII

JOSÉ GARCÍA; PRUDENCIA, por la segunda de la izquierda.

PRUD. (Él.)
GARCIA. Señora... (Saludando.)
PRUD. (Idem.) Caballero...
(Como Byron, está cojo.)
GARCIA. Yo...
PRUD. Deponga todo enojo
y abandone usté el sombrero.
GARCIA. Que abandone...
(Después de dudar un momento, deja el sombrero sobre una silla.)
PRUD. Siéntese.
(García se sienta en una silla á la derecha, y Prudencia á la izquierda, al lado del velador.)
Más cerca. (García se acerca más.)
¿Usted no trasluce
el motivo que me induce
á llamarle?...
GARCIA. Diré á usté...
PRUD. Yo pongo en duda su afrenta.
Manuel aún no es el amante,
y así juzgo... horripilante

hacer lo que usted intenta.

GARCIA. ¡Qué! ¡Lo que yo intento!

PRUD. Sí.
¿Y si triunfa el seductor?

GARCIA. ¿De quién?

PRUD. De usted.

GARCIA. ¡Por favor!
Señora, ¿también de mí?

PRUD. Esas nocturnas visitas
no son prueba suficiente,
y aunque él sea pretendiente,
no habrá logrado sus cuitas.

GARCIA. ¿Visitas?...

PRUD. Su indignación
pudiera tener mal fin,
porque al mejor paladín
le hace la suerte traición.
¿Qué es la vida? Un erial.
¿Qué es el amor? Un egoísmo.
¿Qué es la cólera? Un abismo.
¿Qué triunfa en el mundo? El mal.
Tema el fallo de la Historia
y menosprecie el rencor;
venza su propio furor,
y alcanzará mayor gloria. (Pausa.)

GARCIA, (¿Me estará tomando el pelo?)

PRUD. (Medio convencido está.)
¿Conque, al fin, desiste ya
del duelo?

GARCIA. Pero ¿qué duelo?

PRUD. Del duelo con mi cuñado
que pretende á su mujer.

GARCIA. Hombre, tendría que ver,
tras de *aquello*, apaleado.
Yo batirme, no me bato,
mas si alguna vez le veo...

PRUD. Ya, ya...

GARCIA. Le mando á paseo.

PRUD. (Dándolo la mano con efusión.)
Es usté un hombre sensato,
y vence con ese alarde
su justísimo furor.

El no tendría valor
para tanto.

GARCIA. Qué, ¿es cobarde?

PRUD. Tiene usted más corazón;
él, ni sus iras merece.

GARCIA. De veras, ¿eh? Me parece
que le rompo el esternón.

PRUD. Señor García...

GARCIA. Me irrita
su descaro y me encocora.

PRUD. Señor mío...

GARCIA. (Gritando.) A mi señora
ni él médico la visita.

PRUD. Haga el favor de templar
el órgano de la voz.

GARCIA. Señora, yo soy atróz,
no lo puedo remediar.

PRUD. Escúcheme usted.

GARCIA. Me bato.

## ESCENA XIII

DICHOS; TERESA, por la segunda de la izquierda.

TERESA. ¿Qué dice?

PRUD. Le desafío.

TERESA. ¡Cielo santo!

PRUD. Amigo mío...

GARCIA. Nada, le mato, le mato.

PRUD. Él es casado.

GARCIA. Mejor.

PRUD. Tiene un hijo...

GARCIA. Me es igual;
me le como.

PRUD. (¡Qué animal!)

GARCIA. ¡Estoy lleno de furor!

TERESA. (A Prudencia.)
(¿Éste es el del desafío
de que me hablaste?

PRUD. (Sí, es él.)

TERESA. (Dirigiéndose á García.)

Soy la esposa de Manuel,
y le ruego, señor mío,
que desista...

GARCIA. Yo me niego,
porque su esposo me afrenta.

TERESA. Pero, hombre, tenga usté en cuenta
que él es novicio en el juego.

GARCIA. ¡Vaya un juego!

TERESA. Si el dinero
lo arregla, yo bien daría...

GARCIA. Falta hace, señora mía,
mas yo soy un caballero

TERESA. ¿Tú, no escuchas?... Me da grima
su insistencia y su rencor.

PRUD. (Aparte, á Teresa.)
(¿Tú ignoras que este señor
es un maestro de esgrima?

TERESA. ¡Jesús!

PRUD. (Es un Gerifante.)

GARCIA. Ya llegó su último día.

TERESA. (¿Y qué es eso, hermana mía?

PRUD. (Así... como fabricante
de viudas.)

TERESA. ¡Ah, muerta soy!
(Se desmaya en brazos de Prudencia y ésta la sienta en la silla al lado del velador.)

PRUD. ¡Atiéndala usted! ¡Dios mío!
Yo voy por agua.
(Vase por la segunda de la izquierda.)

GARCIA. ¡Qué lío!
Me parece que me voy.

## ESCENA XIV

JOSÉ GARCÍA; TERESA, desmayada; José García la rodea el brazo izquierdo por la espalda para sostenerla.

¡Señor, de un hombre de bien
tan poca caridad tienes!
¡Cuando no estoy en belenes,
es porque estoy en Belén!

¡Ah, si yo supiera ahora
esgrima, me iba al marido,
y ¡zás!... ¡Ay, si me descuído
doy un golpe á la señora!

## ESCENA XV

DICHOS; MANUEL, por la segunda de la derecha. Después PRUDENCIA, por la segunda de la izquierda.

MAN. ¿Qué sucede? ¿Usted quién es?
GARCIA. Yo soy...
MAN. ¡Está desmayada!
¿Se ha puesto enferma?
GARCIA. No es nada.
MAN. ¿Es usté el médico?
GARCIA. Pues;
soy el médico, eso mismo.
¿Y usted será el seductor?...
MAN. ¿Qué?
GARCIA. El marido.
MAN. Sí señor.
GARCIA. (¡Y no le rompo el bautismo!)
PRUD. (Sale por la segunda de la izquierda con un vaso de agua, y al ver á Manuel y á García lo deja caer al suelo.)
¡Él! ¡Llegó su última hora!
MAN. ¿Qué has hecho?
PRUD. Yo...
MAN. Pronto, ven.
Acuéstala al punto.
PRUD. Bien.
(Entre Prudencia y Manuel conducen á Teresa á su habitación de la segunda de la izquierda.)
GARCIA. ¿Y qué debo hacer yo ahora?
Pues aunque se arme una gresca
y llegue á descalabrarme,
yo no me voy sin vengarme.
¡Vaya, le suelto una fresca!
(Aparece Manuel.)
(¡Tiene mal ceño!)

MAN. Doctor,
recete usté; aquí hay papel.
GARCIA. (¡Si el enfermo fuera él!...)
MAN. ¿Tiembla usted?
GARCIA. Yo, no señor...
MAN. ¡Parece que está usté malo!
GARCIA. Es natural, con el roce
de enfermos...
MAN. Ya se conoce.
GARCIA. (¡Y que no le pegue un palo!
Bah, yo me atrevo.) ¡De modo
que usted venía á mi casa!...
MAN. ¿Pero, hombre está usté de guasa?
GARCIA. No señor. Yo lo sé todo.
MAN. ¡Otro!
GARCIA. Mi esposa es Simona.
MAN. ¡Simona! Me alegro mucho.
GARCIA. Y yo, Pepito.
MAN. (Con ironía.) ¡Qué escucho!
¡Usted Pepito!
GARCIA. En persona.
Y le juro por mi nombre,
que si en su empeño no ceja...
MAN. ¿Qué? (Amenazándole.)
GARCIA. Llamaré á la pareja
(He quedado como un hombre.)
Y ahora, me voy.
MAN. Alto ahí;
amiguito, poco á poco;
porque si usté no está loco,
no se ríe usted de mí.
(Le coge por un brazo.)
GARCIA. Vaya, no vale tocar.
MAN. Diga usted á qué ha venido.
GARCIA. Vine por mi honor perdido.
MAN. Pues lo va usted á encontrar.
(Le coge por el cuello.)
GARCIA. ¡Socorro!
MAN. ¡Toma! (Le da un puntapié.)
GARCIA. ¡Favor!

## ESCENA XVI

DICHOS; PRUDENCIA, por la segunda de la izquierda.

PRUD. ¡Qué veo, infame, atrevido;
después de que has seducido
á la esposa del señor,
aún pones en él las manos!
GARCIA. El pié, señora; fué el pié.
MAN. ¿Qué dices?
GARCIA. Me vengaré.
PRUD. Son tus instintos villanos.
MAN. Mas, ¿qué mujer pretendida
y qué hombre es éste, Prudencia?
PRUD. ¡Qué cinismo! ¡Qué impudencia!
MAN. Yo no le he visto en mi vida.
Ví á mi mujer en sus brazos
y creí que era el doctor.
PRUD. ¿Ignoras que es profesor
de esgrima?
GARCIA. No doy sablazos,
poco á poco.
PRUD. ¿Negarás,
hombre luctuoso y malvado,
que estabas desafiado
con él?
MAN. ¿Yo con él? ¡Jamás!
PRUD. Y que yo le persuadí
que del duelo desistiera;
y si habla de esa manera
me lo debes sólo á mí.
Yo he sido tu salvadora,
lo mismo que Bradamante
salvó á Orlando.
MAN. ¡Qué cargante!
Basta de citas, señora.
GARCIA. Eso, sí; basta de citas,
porque yo no las tolero.
MAN. ¿Qué dice este hombre?
GARCIA. No quiero
que me haga usted más visitas.
MAN. ¡Qué enredo es este, Dios mio!

## ESCENA ÚLTIMA

### DICHOS y TERESA

TERESA. ¡Ese hombre aquí todavía!
MAN. Este hombre...
TERESA. Te desafía.
MAN. ¿Qué dices de desafío?
TERESA. ¿Tú lo niegas?
MAN. Sí; lo niego.
TERESA. Ya decía yo: Señor,
¿cómo habrá un lance de honor
por una cuestión de juego?
GARCIA. ¡Cómo juego! ¡Yo la mato!
TERESA. Te agradeceré infinito
que no vuelvas al garito
que hay en la calle del Gato.
(Mirando á García.)
GARCIA. ¡Garito!
PRUD. Yo explicaré...
GARCIA. ¿Que es un garito mi casa?
Esto de la raya pasa.
No es garito.
MAN. Calle usté.
GARCIA. No es garito.
MAN. Yo no entiendo
tamaño galimatías.
TERESA. ¿Negarás que te batías
por un náipe?
MAN. No comprendo...
GARCIA. ¿Simona un náipe? ¡Dios santo!
Ella es mujer bien nacida
y de todos conocida
por sus formas. Vale tanto...
ó más que usted. (A Teresa.)
PRUD. ¡Insolente!
Compara usté...
MAN. Su mujer,
¿por qué causa no ha de ser
una persona decente?
TERESA. ¿Y tú lo preguntas?

MAN. Yo.
PRUD. Porque es tu amante.
TERESA. ¡Dios mío!
MAN. No lo creas, yo te fío...
TERESA. (A Prudencia.)
¿No es cuestión de juego?
PRUD. No.
TERESA. ¡Engañoso, esposo infiel!
MAN. (A Teresa.) Calla y oye con paciencia.
¿Qué pruebas tienes, Prudencia,
de mi falta?
PRUD. Este papel.
Lee esa carta maldita
de ese hombre.
GARCIA. No he escrito nada.
MAN. Esta carta, desdichada,
há siete años que fué escrita.
PRUD. ¡Siete años! ¡Válgame el cielo!
Yo reciente la creía
y llamé al señor García
para evitar ese duelo.
GARCIA. Eso no puede ofenderme
porque conmigo no reza.
MAN. ¿Comprendes tu ligereza?
PRUD. Homero *alicuando* duerme.
TERESA. ¡Ah! (Abrazando á Manuel.)
GARCIA. (A Manuel por Prudencia.)
¿Quiere usted permitirme
que le dé un cachete?
PRUD. Atrás.
MAN. Váyase usted y jamás
vuelva á verme.
GARCIA. Voy á irme.
MAN. Y tú, Prudencia, también
sales hoy mismo de casa.
TERESA. ¡Por Dios, Manuel hoy!...
MAN. Teresa,
no intercedas por tu hermana.
PRUD. No, no intercedas. ¡Calígula,
Nerón! No tienes entrañas.
¡A una mujer de mis prendas!
GARCIA. No podrá usted empeñarlas.

PRUD. A usted, ¿quién le mete en esto?
GARCIA. Usted me llamó á esta casa,
pero ya me marcho de ella
muy contento de dejarla,
pues no puede haber cordura
en donde hay mujeres sabias.
PRUD. ¿Por qué?
GARCIA. Porque siempre yerran.
(Al público.)
Quien esté conforme, aplauda.
PRUD. Pues yo digo que no aplauden.
GARCIA. También en eso se engaña.
PRUD. Afirmo que no me engaño,
GARCIA. (Al público.)
Señores, batid las palmas,
por no darle la razón,
aunque le hace mucha falta. (Cae el telón.)

FIN DEL JUGUETE

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

# PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

## FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas

# PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.